

EL ARTÍCULO 21 DEL REGLAMENTO CONSTITUCIONAL DE 1812

Por Alfonso Velásquez Verdugo

Dice la historia de Chile que en el año 1812, el Presidente de la Junta de Gobierno don José Miguel Carrera, promulgó el Reglamento Constitucional que por primera vez dio un marco institucional propio a la naciente nación. Estuvo compuesto por 27 Artículos, de los cuales, hoy destacaremos el Artículo 21, que dice textualmente en uno de sus acápite:

“Las prisiones serán lugares cómodos y seguros para la detención de las personas contra quienes existan fundados motivos de recelo y mientras duren éstos; y de ningún modo servirán para mortificar a los delincuentes”.

Esta disposición, ya obsoleta, mirada a doscientos años de distancia y a la luz de hechos recientes, como lo es el incendio que afectó el día 8 de Diciembre del año recién pasado a la cárcel de San Miguel, habría bastado para juzgar a los funcionarios a cargo de dicha prisión y para efectuar una profunda revisión de los métodos y procedimientos carcelarios que, por mal aplicados o deficientes, causaron una muerte horrorosa a 81 seres humanos que eran titulares de dignidad, aun dentro de



un lugar de confinamiento y a pesar de los delitos que habían cometido dichas personas.

La visión increíblemente adelantada del genio de Carrera, ya anticipaba los hacinamientos en los lugares de reclusión (... ***serán lugares cómodos y seguros para la detención de personas...***) y que los errores de un personal habituado a una rutina irresponsable y en algunos casos en estado etílico, como se ha filtrado en la investigación posterior; pueden hacer olvidar todo procedimiento de prevención de emergencias (... ***de ningún modo servirán para mortificar a los delincuentes...***) y acarrear el desprecio por la dignidad y por la vida de seres humanos, atropellando sus derechos constitucionales en forma vergonzosa.

Volvamos al siglo XIX y a otro desastre similar, esta vez ocurrido en un templo católico y, curiosamente, en la misma fecha del que hemos comentado. El 8 de Diciembre de 1863, en la iglesia de la Compañía de Jesús que se encontraba ubicada en la esquina Norponiente de las actuales calles Bandera y Compañía, donde se encuentra hoy ubicado el edificio del antiguo Congreso Nacional.

Era el solemne Día de la Inmaculada Concepción y la clausura del Mes de María, iniciado el 8 de Noviembre de aquel año y que se sigue celebrando hasta nuestros tiempos entre esas mismas fechas. En esa oportunidad, esta celebración tomó un sentido aun más solemne y ecuménico; tal vez para remarcar el espíritu de conciliación que animaba a la sociedad chilena, después de la fallida pero sangrienta revolución de 1859, en la cual cupo un destacado lugar al hijo de don José Miguel.

Al no existir aun en Santiago el alumbrado eléctrico, el templo se adornó con profusión de velas, candelabros y grandes velos de tul que colgaban de los muros. En medio de la ceremonia, una de estas velas encendió un velo que ardió rápidamente, prepagándose el fuego sin poder ser apagado por los asistentes.

A los pocos minutos, la iglesia ardía por los cuatro costados. Los feligreses, enloquecidos por el pánico, se

agolparon contra las puertas pero, como éstas se abrían hacia el interior, no pudieron salir ya que lo impedía la presión de quienes venían mas atrás. En poco tiempo, el fuego hizo que, primero la torre y luego la techumbre de la iglesia, se desplomaran sobre el público asistente, compuesto mayormente por mujeres, niños y ancianos. Al no existir las redes de agua con que contamos en nuestros días, fue imposible controlar una conflagración de esa magnitud.

El espectáculo que se presentó a la vista de los santiaguinos al consumirse el incendio, fue dantesco. Más de dos mil cuerpos, horriblemente calcinados, fueron recuperados de entre los escombros. Hoy, una imagen de la Virgen María se yergue en los jardines del antiguo Congreso Nacional en recuerdo de las víctimas de esta catástrofe, aunque muchos de los cientos de transeúntes que circulan por el lugar, ignoran completamente el sentido de aquel monumento.

Al poco tiempo de estos sucesos, el Presidente don José Joaquín Pérez impulsó desde el gobierno, la fundación del Cuerpo de Bomberos de Santiago, tomando como modelo la organización del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, fundado poco tiempo antes por empresarios extranjeros de dicho puerto.

No obstante lo anterior, aquí tornamos nuestra mirada al pasado y volvemos a sorprendernos por la extraordinaria visión anticipatoria del general Carrera quien, 51 años antes de estos sucesos, ordenó al Cabildo de Santiago en un comunicado fechado el 7 de Agosto de 1812, la formación de unidades provistas de herramientas y bombas para combatir incendios con agua, en los cuatro cuarteles en que se dividía la ciudad de Santiago.

Aquella Ordenanza decía textualmente:

“Se ha aprobado el gasto de cien pesos que U.S. propone para costear herramientas preventivas para cortar los incendios. El gobierno está persuadido que tomando una razón general en cada uno de los cuatro cuarteles de la ciudad, de los carpinteros, herreros y albañiles, podría ordenarse que cada maestro de carpintería ocurriera, bajo una multa, en su respectivo cuartel. Con sierra, azuela y hacha; el de herrería con barreta, y el

de albañilería con su plana y escalera, por cuyo medio estaría abundantemente socorrido el incendio.

Pero sobre todo la Municipalidad debería empeñar su celo en que se construyeran, mejor que herramientas, una o dos bombas de incendio, manuales y bastantes a concurrir con prontitud, que es el recurso mas seguro adoptado en los países cultos.

Dios guarde a U.S. muchos años”

*Pedro José Prado
Jaraquemada*

*José Santiago
Portales*

*José Miguel de la
Carrera*

Debemos concluir que gracias a la gestión y al impulso de Carrera, se hicieron los primeros intentos en Santiago, para organizar medios de ataque en la extinción de incendios. Fue así como se fueron comprando bombas manuales para el cuartel de Artillería, el Teatro, la Brigada de Zapadores Bomberos y otros más. Si esta obra hubiese sido continuada durante los gobiernos posteriores, es indudable que los efectos provocados por el incendio del templo de la Compañía, habrían sido mucho menores y muchas vidas se habrían salvado de tan horribles circunstancias.



JINETE DE MANTA BLANCA

- 1 -

*Cuando la noche se tiende
Como un difunto en la tierra
Se escucha el grito de guerra
Que a toda pampa enciende
El gaucho entonces comprende
Que donde nace esa hoguera
Es en el alma altanera
De un caudillo federal
El jefe noble y leal
Don José Miguel Carrera*

- 2 -

*Desde los campos cuyanos
Llegan los tristes lamentos
Que en el clarín de los vientos
Trae la voz de sus hermanos
Voz que anuncia a los tiranos
Que avanza la montonera
Que los ojos de Javiera
Brillan como dos puñales
Para herir a los rivales
De José Miguel Carrera.*

- 3 -

*Jinete de manta blanca
Corre como un refúsilo
Sin hallar posta, ni asilo
Lleva tendido en el anca
Rojo estandarte que arranca
El grito de rebelión
¡Viva la Federación!
Y la patria de Carrera
Que p'a que nunca muriera
La trajo en su corazón.*

Autor: Gaucho Anónimo

- 4 -

*Guitarra sos un clarín
Sobre la pampa desierta
Cantaste el primer alerta
De Belgrano y San Marín
Pero, hoy llegando al confín
De la misma cordillera
Cuando nombras a Carrera
Grita al gran Caupolicán
"En Chile esperando están
al que les dio su bandera"*

- 5 -

*¡Nadie lo podrá abatir
Y tiembla toda la pampa
con sólo mirar su estampa
Chilenos le oyen decir
Peleando quiero morir
Nunca humillado y caído
Mi raza nunca ha sabido
En la lid retroceder
Y si a Chile he de volver
¡Muerto será y no vencido!*



Nota: Poema de autor anónimo que habría sido escrito a mediados del siglo XIX en la República Argentina, proporcionado por el Dr. Jorge Vargas, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

JOSÉ MIGUEL CARRERA Y LA CAMPAÑA QUE CULMINÓ CON EL TRATADO DEL PILAR

Por Emilio Alemparte

I-- LA PAMPA SE INFLAMA

En un extenso y documentado ensayo sobre la vida y obra del general José Miguel Carrera, don Alfonso Cuadrado Merino (2) nos relata el gran papel histórico desempeñado por nuestro Héroe en la gesta revolucionaria que llevó a nuestra hermana República Argentina a transformar su estructura política, representada entonces por un gobierno de tipo *unitario y centralista*, dominado por Buenos Aires; hasta convertirla en una república de *régimen federal*; base jurídica que perdura hasta nuestros días, otorgando a nuestros vecinos una poderosa herramienta para el desarrollo igualitario de todo ciudadano y de todo el territorio de esa nación.

Historiadores argentinos han tratado de diluir esta verdad e incluso, algunos de ellos niegan la decisiva participación de Carrera en los acontecimientos políticos y militares que condujeron a este desenlace. En estas líneas, presentaremos las declaraciones y escritos de notables ciudadanos argentinos que fueron testigos oculares y fiables por el prestigio que ostentaban en esos momentos; quienes desmienten con sus palabras a aquellos que han intentado desmerecer la enorme participación de Carrera en los importantes sucesos que cambiaron radicalmente la estructura política de un país.

A comienzos de 1817, don José Miguel regresa de Norte América con una escuadra de cinco buques armados, más de 40 oficiales veteranos, municiones, vituallas, herramientas, maquinaria y armas para equipar a un pequeño ejército. Desembarca en Buenos Aires y se presenta ante el gobierno de la Provincias Unidas de la Plata, encabezado entonces por Juan Martín de



“A Chile le habrían sobrado los libertadores y, sin San Martín, no habría tardado en ser libre por los Carrera. Esos si que eran el genio de la acción y de los recursos”.

Juan Bautista Alberti (1)

Pueyrredòn (1816-1819), quien a su vez ostentaba un alto grado en la Logia Lautaro. Le expone el plan de llevar su expedición al sur de Chile y, desde ahí, actuar en conjunto con San Martín, quien se aprontaba a iniciar su campaña libertadora, atravesando la cordillera con el Ejército Libertador, teniendo como primer objetivo la expulsión de los españoles de la ciudad de Santiago, para luego avanzar hacia el sur. Sin embargo, este ejército carecía totalmente de un apoyo naval, apoyo que si podía ser aportado por la escuadra de Carrera.

La concepción estratégica propuesta por don José Miguel era, por lo tanto, brillante. Tomaba a las fuerzas realistas entre dos fuegos, alcanzaba el dominio del Pacífico con su escuadra e impedía la llegada de refuerzos y vituallas a las tropas de ocupación del Virrey del Perú, acción que prometía la total y definitiva destrucción de aquellas.

Sin embargo, contrariamente a lo esperado por Carrera, la Logia Lautaro y el general San Martín se oponen terminantemente a cualquier participación de éste en la campaña de Chile, por haber temido una confrontación de poderes después de lograrse la liberación, lo que habría impedido la estrategia global del general argentino, cual era la conquista del último bastión

español en la costa Pacífica de la América del Sur: **el Virreinato del Perú.**

Por lo tanto, la reacción fue rápida y radical. Pueyrredòn ordena la confiscación arbitraria de la escuadra que tan arduamente había conseguido organizar don José Miguel, con solo su palabra y su prestigio, en los Estados Unidos de Norte América. No contento con esto y presionado además por directivas de esa Logia, hace arrestar a Carrera a bordo de un barco surto en la bahía, de donde este último logra escapar y refugiarse en Montevideo bajo la protección del general portugués, Carlos Federico Lecor, gobernador de dicha plaza.

Estando en esa ciudad, se entera de la derrota de los realistas en la batalla de Maipú (5 de Abril de 1818), noticia que celebra con gran júbilo junto a los amigos que lo acompañan, pues representa la liberación de su patria. No obstante, a los pocos días, recibe también la fatídica noticia del fusilamiento de sus hermanos, Juan José y Luís, ocurrido el 8 de Abril de 1818 en el paredón de Mendoza; solo tres días después de aquella gran victoria del general San Martín en los campos de Maipo, que selló la independencia de Chile.

Esta noticia lo sume en el mas profundo estado de dolor y furia en contra de sus enemigos, que no solo le han arrebatado su escuadra, si no que además; han perseguido, calumniado y humillado a él y a su familia y, por último, asesinado a sus hermanos después de tenerlos por meses en una prisión abyecta de Mendoza, sin someterlos a juicio, para luego ajusticiarlos mediante un procedimiento sumario y espurio que dura menos de veinticuatro horas y que trata de justificar dichas muertes sin lograrlo. Es tanto así, que *el expediente de dicho juicio ha desaparecido “en forma misteriosa” de los archivos de Cuyo.* (3)

A partir de ese momento, mediante una pequeña prensa que logra salvar de la incautación, inicia su lucha utilizando, por primera vez en América, *la pluma como arma mortífera.* Su campaña de prensa, con libelos incendiarios y caricaturas satíricas de su propio puño en contra sus enemigos, tanto en Argentina como en Chile, comienza a hacer efecto en la opinión publica. Ambos países inician acciones diplomáticas simultáneas



ante el gobierno de Brasil y ante el general Lecor, pidiendo el arresto y devolución de Carrera a Buenos Aires para someterlo a juicio. Este jefe portugués, que había adquirido una gran admiración y amistad por Carrera, le explica a éste la situación y le aconseja que salga de su jurisdicción para salvar su vida, ya que de no hacerlo, él se vería obligado a sancionar la petición oficial de dichos Estados.

Frente a esta disyuntiva, la ágil y brillante inteligencia de don José Miguel, se focaliza en el descontento de las provincias argentinas ante el centralismo del gobierno de Buenos Aires; descontento que se encuentra ya en su punto de ebullición. Toma entonces una audaz decisión que le daría la oportunidad de permanecer cerca de Chile – lo que fue siempre su norte – y también, la de combatir a sus enemigos. Sin más armas que su querida imprenta, su sable y un par de pistolas; atraviesa el río Paraná y se interna en la pampa argentina, desconociendo el recibimiento que obtendría de los líderes del movimiento de las provincias.

Los pasos de su caballo se encaminan al campamento de **Francisco Ramírez**, caudillo que gobernaba en la provincia de Entre Ríos y que se hacía llamar “El Gran Entrerriano”. Este hombre, gaucho ladino, desconfiado e ignorante, pero con grandes ambiciones personales, lo recibe con reserva y precaución, aunque sin hostilidad aparente.

El riesgo asumido por Carrera en esa oportunidad fue enorme. Ramírez era el lugarteniente de Artigas quien, poco tiempo antes, había amenazado con ahorcar a don José Miguel si este se atrevía a ingresar a sus dominios.

El general, utilizando toda su oratoria y capacidad de persuasión, le expone su plan de organizar las huestes entrerrianas y transformarlas en un ejército capaz de combatir a fuerzas regulares; de iniciar una amplia campaña de prensa con el fin de ganar más adeptos para la causa Federal, y de emprender rápidas negociaciones con otros líderes de las provincias del norte, para unir fuerzas y emprender la campaña militar contra Buenos Aires. Su simpatía y magnetismo, junto con el audaz plan estratégico que éste propone, logra vencer la



natural desconfianza del entrerriano y, por primera vez, éste vislumbra que su lucha contra el poder centralista y corrupto de Pueyrredón, puede verse coronada por la victoria. Don José Miguel asume el mando militar, se convierte en el asesor político de Entre Ríos y comienza a desplegar una actividad febril, que se extiende desde el amanecer hasta muy entrada la noche. Durante el día, impone la disciplina castrense a las huestes gauchas. Por las noches, trabaja en su imprenta, escribiendo ardientes proclamas en contra del gobierno central. Es entonces cuando crea el famoso lema que llegaría a incendiar, de un extremo al otro la pampa argentina, bajo el grito de “**¡FEDERACION O MUERTE!**”.

II – ¡AL FIN BUENOS AIRES!

Con el respaldo de Ramírez y una pequeña escolta proporcionada por éste, llega a Santa Fe y se entrevista con el caudillo **Estanislao López**, gobernador de esa provincia, a quien logra persuadir para unir fuerzas con el entrerriano, a pesar de las diferencias que habían

existido entre ambos caudillos.

López y Carrera avanzan hacia Buenos Aires siguiendo las márgenes del río Paraná, derrotando a cuanta fuerza opositora encuentran en su camino. Ponen sitio a la ciudad de Rosario y obligan a las tropas de Buenos Aires a escapar por el río, dejando entre los prisioneros al general Viamont. Mientras tanto, Ramírez se enfrenta a Artigas, su antiguo jefe, en la batalla de Tacuarembò, el 22 de Enero de 1820; Artigas es completamente derrotado y se refugia en Paraguay, perdiendo toda relevancia en los sucesos posteriores.

Enero de 1820 es un mes decisivo para el bando Federal. En San Juan y Corro se subleva el regimiento Cazadores de los Andes, de 800 plazas; su comandante es depuesto y es reemplazado por el comandante Morrillo, quien adhiere a las ideas federalistas. A los pocos días, el ejército regular destacado en el Alto Perú, se declara también en rebeldía. El general Belgrano, enfermo de muerte, es reemplazado en Arequito por el coronel Bustos.

López pide a Carrera que ejerza sus dotes diplomáticas, se entreviste con los jefes militares y obtenga su apoyo a la campaña que están iniciando contra las fuerzas de la capital. Aunque el apoyo es tímido, el chileno obtiene, por lo menos, la promesa de neutralidad del ejército del Alto Perú. Sin detenerse a descansar, regresa inmediatamente a reunirse con López; mientras el entrerriano avanza a marchas forzadas para reunirse con ambos.

No obstante, en el organigrama del ejército Federal, aparecen las fuerzas del Alto Perú componiendo la Segunda División, mientras la Primera estaba integrada por las tropas combinadas de López y Ramírez y la Tercera, por los amotinados de San Juan y Corro. Los Federales ya contaban con gauchos disciplinados y bien entrenados y, además, por tropas regulares. Vicuña Mackenna comenta que en esos momentos, “...*el general Carrera, rodeado de guerrilleros oscuros y de subalternos amotinados, aparecía como el general en jefe de un ejército que constaba de ocho o nueve mil soldados. Su gran rol histórico en la República Argentina, estaba ya iniciado*” (4).

A pesar de lo anterior, parece ser que, descontando al amotinado ejército del Alto Perú, Carrera comandaba, en esos momentos, una fuerza de alrededor de cuatro mil hombres, cifra respetable para esos tiempos.

Mientras tanto, la administración de Pueyrredòn pide al general San Martín que regrese a Argentina y hace lo mismo con las tropas del Alto Perú; pero todos se niegan a acudir en ayuda de Buenos Aires. San Martín ya completaba los últimos detalles de la Expedición Libertadora del Perú y el amotinado coronel Bustos, solo pensaba en obtener para si la gobernación de la Provincia de Córdoba.



Presas del pánico ante el avance Federal, el general Pueyrredón, acompañado por su secretario Tagle y de sus principales allegados, huye a Montevideo el 31 de Enero de 1820, dejando la capital en un completo caos.

El general Rondeau, militar de gran prestigio y probidad, héroe del período revolucionario, logra restablecer el orden en la capital y asume como Director Supremo. Reúne febrilmente a las tropas bonaerenses y sale a contener el avance de Carrera, dejando el gobierno en manos del Cabildo de esa ciudad.

Carrera, que a la sazón, el día 1° de Febrero había cruzado el riachuelo llamado el Arroyo del Medio, ya está a dos jornadas de Buenos Aires. El encuentro entre ambas fuerzas se produce ese mismo día, en la Cañada de Cepeda, lugar de lomajes suaves y quebradas que favorece tácticamente la defensa; siendo esa la posición, a unos seis kilómetros del pueblo de San Nicolás y del vecino puerto de San Pedro, que asume Rondeau para librar la batalla.

Las fuerzas del general argentino estaban compuestas por dos batallones de soldados regulares de infantería que comandaba el general Ramón Balcarce; algunas piezas de artillería, milicias y la caballería, que estaba compuesta mayormente por gauchos armados con lanzas y sables. En total, el ejército de Buenos Aires se componía de alrededor de 3,000 hombres, bien pertrechados y disciplinados. La infantería formada en cuadros, junto con la artillería, ocuparon un lugar escarpado sobre una loma; mientras que la caballería, mandada por Rondeau en persona, se ubicaba en los flancos de esta posición, un poco hacia la retaguardia.

Debido a las guarniciones escalonadas dejadas durante su avance; y a que una parte de las fuerzas de Ramírez aun no se les unía después de la derrota de Artigas en el norte; Carrera no disponía de infantería ni de artillería. Su fuerza no sobrepasaba los 1,000 gauchos que, al iniciarse la batalla, formaban en sus tradicionales filas, con lanza en ristre o sable en mano, firme la brida y la espuela ceñida al ijar; esperando la voz de mando.

Después que ambos jefes reconocieran las posiciones enemigas, recibiendo algunos disparos de artillería y fusilaría, se dio la orden de avanzar al trote y luego, la de





cargar sobre los contrarios. La carga fue liderada por el coronel Benavente, seguido por otros oficiales chilenos y extranjeros, que se habían unido a los Federales en distintas etapas de la campaña.

A galope tendido y con sus mantas rojas terciadas al pecho, cayeron como una tromba sobre el punto más débil del enemigo, que era su caballería, dispersándola y aniquilándola totalmente durante la feroz persecución que siguió; aunque no sin sufrir bajas importantes causadas por los artilleros y fusileros ubicados en la loma. El general Rondeau pudo con mucha dificultad salvar su vida gracias a su veloz caballo.

Al reunirse nuevamente los federales, Balcarce y sus hombres aun seguían en la loma pero, producto de sus fuegos, el pasto seco de la pampa en esa estación del año, comenzó a incendiarse y a amenazó con encerrar a los defensores de la loma

Ramírez envió una nota al general enemigo, intimándole la rendición incondicional, lo que fue rechazado por éste. Balcarce, amparado por el atardecer, inició hábilmente el retiro de su posición, refugiándose en la estrecha quebrada que conducía hacia San Nicolás y San Pedro y en la cual, la caballería federal no podía maniobrar como en un terreno llano.

Aun así, el entrerriano quiso perseguir al enemigo dentro del cañón pero Carrera lo disuadió de hacerlo, explicándole que sería un desperdicio inútil de vidas, tanto para los federales como para el enemigo, al no lograrse la destrucción total de esas fuerzas. También, en su fuero interno, consideró que ahí caerían muchos chilenos que formaban en las tropas en retirada; los que, además de ser compatriotas, se restarían al ejército que el pensaba formar “...*para empresas propias y mas nobles...*”, como escribe el teniente Yates en sus apuntes. Es así como Balcarce logró llegar hasta el puerto de San Pedro y embarcar alrededor de mil hombres, navegando luego aguas abajo del río Paraná.

Entretanto, un profundo pánico cundió en Buenos Aires. El Cabildo de la capital llamó al brigadier Estanislao Soler; aquel mismo comandante que llegó al campo de batalla cuando O’Higgins ya había conquistado la victoria en la hacienda Chacabuco, lo que le valió

una fuerte reprimenda de San Martín y la renuncia del pundonoroso oficial, que dejó su mando en Chile y regresó a Argentina, retirándose de la vida pública.

Soler logró reunir una fuerza de milicianos y gauchos de unos 3,000 hombres para defender la capital y las estacionó en Márquez, aldea estratégicamente situada en el camino a Buenos Aires, a unas siete leguas de la ciudad.

Los federales avanzaron hasta el pueblo del Pilar, situándose en una posición oblicua a la de Soler. Una nueva batalla parecía inminente. En esos momentos, se presentó ante Carrera y Ramírez, un antiguo y conocido político de la época de la revolución original, discípulo de Mariano Moreno; don **Manuel de Sarratea**.

Este personaje, de gran figuración en los acontecimientos de 1812, ostentando el grado de general y comisario del ejército argentino durante el sitio a Montevideo; tenía una personalidad controvertida. Enemigo del Director Pueyrredón, pensó en derrocarlo para asumir el mando supremo, sin lograrlo. Ahora que el primero se encontraba en el exilio, tuvo la idea de obtener la asistencia de los federales para lograr su objetivo pues, sin esa ayuda, sabía que tanto el Cabildo como el Congreso, que aun permanecían vigentes, se opondrían a sus intenciones.

Carrera y Ramírez lo acogieron de buen grado. El caos en que se encontraba el país y la sangre ya derramada, aconsejaban un respiro para lograr el restablecimiento de la civilidad y de las leyes. Carrera y el entrerriano aceptaron los buenos oficios ofrecidos por Sarratea, para iniciar conversaciones con Soler. Es así como el 17 de Febrero, se pactó en Luján una tregua de tres días, mientras seguían las negociaciones que, se esperaba, culminarían con el fin de la lucha fratricida.

III – EL TRATADO DEL PILAR

En efecto, el 24 de Febrero se firma en el campamento del Pilar, pequeño poblado cercano a Luján, un tratado que, teóricamente, pondría fin al conflicto. Los términos, prudentes y conciliatorios impuestos a Soler y al Cabildo bonaerense; muestran la inequívoca pluma

de Carrera, tan distinta a la mentalidad de sus asociados.

Mientras tanto, después de logrado el triunfo federalista, se había producido un flujo inverso de refugiados políticos; esta vez, desde Montevideo hacia Buenos Aires. Entre ellos se cuenta al general Carlos María de Alvear, gran amigo de Carrera desde los tiempos en que juntos defendieron a España contra las huestes de Napoleón; y al general don Tomás de Iriarte, ambos enemigos del régimen autoritario de Pueyrredón.

Un día antes de la firma del Tratado del Pilar, el general Iriarte, es uno de los primeros en presentarse ante Carrera y Sarratea; a quienes encuentra ocupados en dar los últimos toques al Tratado.

Tomás de Iriarte escribe en sus memorias:

“Yo tomé un carruaje en cuanto desembarqué y fui a cumplimentar al gobernador y a mi amigo Carrera. Ambos me recibieron cordialmente”. Relata además que: “...enviaron por el comandante y oficialidad del batallón de artillería y les anunciaron que yo iba a ser nombrado jefe del cuerpo. Al día siguiente, 24 de febrero, se firmaron los célebres tratados del Pilar. El gobierno central desapareció. Las provincias, pues, habían logrado su objetivo de hacer desaparecer la supremacía de Buenos Aires”.

En resumen, el Tratado establece que Argentina adopta desde ese momento, el sistema Federal de gobierno, dejando a cada provincia independiente del gobierno central y con el derecho de elegir a sus propios gobernantes, Cada una de ellas puede conformar un gobierno que queda compuesto por un jefe político y una asamblea; pero se conserva como el centro de la administración federal y como capital del país, la ciudad de Buenos Aires.

Las rentas públicas, el mando del ejército federal y la convocación del Congreso, que eran uno de los puntos en discordia, se mantienen bajo el gobierno central.

El gobierno de Buenos Aires licenciaría sus tropas y las fuerzas federales regresarían a sus provincias en

pequeños destacamentos de 200 hombres, para no imponer gravámenes mayores a las localidades de tránsito, que ya habían quedado exhaustas durante el avance sobre esa ciudad.

El Congreso de Buenos Aires queda disuelto y en su reemplazo se elegirá uno nuevo en el término de 60 días. Todas las fuerzas políticas se reunirán en el convento de San Lorenzo, cercano a las fronteras de Santa Fe y Buenos Aires, para elegir una nueva asamblea legislativa, en la cual participaran miembros de todas las provincias del país.

Se nombra oficialmente como gobernador de la provincia de La Plata a don Manuel de Sarratea quien, por ser porteño, despertaría menos resistencia en la capital. Carrera y los federales entran triunfantes a Buenos Aires.

El nuevo gobernador concede licencia al chileno para que reclute de entre aquellos compatriotas que militan en las filas argentinas, el tan anhelado ejército que lo llevaría de regreso a su querida patria. Le proporciona además, armas y municiones para iniciar los preparativos de su empresa y lo autoriza para proseguir con la organización de sus fuerzas en la localidad del Pilar, lugar en que Carrera establece su cuartel general.

Don José Miguel logra así reunir una dotación de 300 chilenos que se pliegan a sus filas y que posteriormente, aumentarían a alrededor de 700 hombres. El futuro se abría promisorio para los planes del héroe conquistador. Las provincias de Cuyo y San Luís, que se habían plegado a las fuerzas federales y depuesto a los gobernadores afines a San Martín y O'Higgins, le dejaban libre el paso para transponer la cordillera de los Andes.

No obstante, el nombramiento de Sarratea despertaría resistencia entre las múltiples y muy diversas facciones en que se dividía entonces la política bonaerense. Los partidarios del nuevo régimen, aconsejan al flamante gobernante que separe de sus cargos a los partidarios del gobierno caído y, muy especialmente, a aquellos mandos militares que todavía le eran adictos; a lo cual, Sarratea se resiste en aras de lograr una quimérica unión



de las fuerzas políticas del país.

Es así como el general Manuel Balcarce, que tenía su propia idea sobre como y por quien debiera ser gobernada Argentina, decide avanzar contra la capital, al mando de los mil soldados regulares que había salvado en la batalla de la Cañada de Cepeda.

Ramírez y López ya han enviado a la mayoría de sus tropas de vuelta a sus “pagos” y, salvo unos 400 hombres restantes del ejército federal y de la pequeña fuerza reunida por Carrera, que recién empezaba a organizarse en forma coherente, la capital se encuentra desguarnecida ante el avance de Balcarce. El chileno pide a Ramírez que haga regresar sus gauchos a marchas forzadas para defender la capital. Ante la cercanía de Balcarce, el flamante gobernador se refugia en el campamento de Carrera, en San José de Flores, lugar vecino del Pilar.

El general Balcarce ocupa Buenos Aires sin disparar un solo tiro. Apoyado en sus bayonetas, se dirige a la Asamblea Nacional, que aun funciona a pesar de lo establecido en el Tratado del Pilar; y se hace proclamar Director Supremo de la nación.

Carrera hace avanzar su pequeña fuerza hasta media legua de la capital. Alvear y agentes de los federales se infiltran en la ciudad y logran ganar para la causa a algunas milicias de la capital y a parte de la tropa de Balcarce, especialmente a chilenos que militaban en esos batallones. Al campamento de Carrera empiezan a llegar civiles armados y parte de las milicias de la ciudad.

Tomás de Iriarte escribe en sus memorias:

“Balcarce, viendo que todos los ciudadanos y soldados, excepto dos batallones, se desertaban a nuestras filas, se encerró en la fortaleza con la poca fuerza que le había quedado; pero esta fuerza estaba minada; un batallón se sublevó durante la noche, hizo una descarga, bajó el puente levadizo y salió de la fortaleza. Esa misma noche se incorporó a nuestras filas. Era la madrugada del 12 de Marzo. Entonces Balcarce, Rolón, Vidal y otros jefes; abandonaron la fortaleza y escaparon por la puerta de socorro y embarcaron en un bote que tenían preparado, llevándose el tesoro público que ascendía a catorce mil pesos fuertes”.

A la mañana siguiente, Carrera, junto a Sarratea, Soler, Ramírez, López, Alvear, Iriarte y otros prominentes ciudadanos; seguidos por una pequeña escolta, hacen nuevamente su entrada triunfal en Buenos Aires. El gobernador es repuesto en su alto cargo por el Cabildo y Soler es nombrado general en jefe del ejército nacional. Carrera ocupa la doble función de consejero del gobierno y la de jefe de su propia fuerza militar, acantonada en Chacaritas, en las afueras de la capital.

Una vez reinstaurado el federalismo, las fuerzas de Ramírez regresan a Entre Ríos, amenazada nuevamente por Artigas y López vuelve para reorganizar la administración de Santa Fe. Carrera y su amigo Alvear dejan la capital y se dirigen con sus tropas a San Nicolás.

Era el momento esperado por sus enemigos. El Cabildo destituye a Sarratea y nombra a Ildelfonso Ramos Mejía en su reemplazo. Carrera busca la ayuda de López y logra reunir un ejército de alrededor de 1,400 hombres, con los que amenaza nuevamente a Buenos Aires. Ramos

Mejía renuncia a la gobernación y es reemplazado por el general Soler, a quien el Cabildo nombra gobernador y jefe de la defensa militar de la capital. Soler avanza al encuentro de los federales con una fuerza de 3,000 hombres.

El 28 de Junio de 1820, se produce el encuentro en la Cañada de la Cruz, lugar en que el bonaerense toma posiciones defensivas. Carrera reconoce las posiciones opositoras al mando de una tropa de no más de 900 soldados y, al ver la superioridad numérica del enemigo, ordena a Benavente que se le una a galope tendido con el resto de la fuerza. Al llegar éste al sitio del encuentro, Carrera se pone al frente de sus hombres e inmediatamente inicia el ataque. A pesar de su superioridad, Soler es totalmente derrotado, dejando más de 300 muertos en el campo de batalla y numerosos prisioneros en manos de los federales.

Carrera entrega el gobierno de Buenos Aires a su amigo, Carlos María de Alvear; en tanto que los porteños nombran al coronel Dorrego para el mismo cargo. Don José Miguel avanza sobre la capital y le pone sitio con sus dos divisiones. La primera, al mando de Estanislao López, toma posiciones en la localidad de Santos Lugares; y la segunda, al mando de Alvear, en el pueblo de Morón.

El 8 de Julio, un batallón de las tropas de López, deserta su posición y se dispersa. Dos días después, López se pone en marcha hacia Santa Fe. Carrera se ve obligado a levantar el sitio de la capital y, junto con Alvear, toma rumbo hacia el puerto de San Pedro, sobre el río Paraná, derrotando a todas las unidades militares que obstaculizan su paso.

El coronel Dorrego avanza tras los pasos de Carrera y en San Nicolás, en un ataque nocturno y mientras el chileno se encontraba ausente al otro lado del Paraná; sorprende a Alvear y lo derrota. Avanza luego sobre López, que marchaba en retirada, y también lo derrota en el combate del Arrollo de Pabón. Los federales, nuevamente unidos, derrotan al jefe capitalino en varios encuentros, hasta que en el Campo de Gamonal, Dorrego es totalmente derrotado y se retira hacia Buenos Aires con un ejército mermado y desmoralizado, que saqueó y asesinó a su paso a cuanto pueblo y villorrio encontró.

EPILOGO

El sistema de gobierno federal perduró en Argentina hasta que el Dictador Juan Manuel de Rosas, impuso una de las tiranías más tenebrosas de la historia de ese país. Derrocado éste, el sistema federal volvió a renacer en forma vigorosa y se mantiene hasta nuestros días.

Los caudillos López y Ramírez se enfrascan en sus antiguas rencillas particulares. Ramírez cae acribillado al tratar de escapar de una emboscada de sus enemigos. La anarquía reina en todo el país, hasta que Rosas decide imponer el orden –su orden – a sangre y fuego.

La Logia Lautaro (o Lautarina), convertida ahora en “Los Caballeros de América”, se reagrupa bajo el mando del infame y diabólico Monteagudo. Godoy Cruz vuelve al gobierno de Cuyo y lo mismo sucede en San Luís. El paso franco para cruzar la cordillera queda, por lo tanto, vedado para Carrera.

De ahora en adelante, todos sus pasos lo irán conduciendo, inexorablemente, al desenlace final: el patíbulo de Mendoza.

(1) Juan Bautista Alberti, escritor y político argentino que permaneció diez años en Chile, huyendo de la tiranía de Rosas.

(2) Alfonso Cuadrado Merino, ex Presidente del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera. Ensayo publicado en la revista “Patria Vieja”, Año IV, 2ª.Época, No. 16 (Junio de 1984)

(3) Años después de la muerte de los Carrera, Vicuña Mackenna viaja a Mendoza y consulta el expediente, que aun existía entonces y, en un mes de trabajo, logra copiar partes importantes de él. De estas copias se desprende que quienes fueron los jueces de la causa, actuaron premeditadamente para alterar la verdad y condenar a los dos hermanos.

4) Vicuña Mackenna, El Ostracismo de los Carreras”, 4ª. Edición, p. 182

ACTIVIDADES del INSTITUTO

ABRIL



- La Señora Presidenta es entrevistada por el periodista Daría Zambrano, del Diario La Tercera, para una publicación titulada “En busca del túnel de los Hermanos Carrera”, aparecida el 13 de marzo del presente.
- La Señora Ana María Ried asiste al aniversario de la Escuela Militar.
- Los Directores Alfonso Velásquez Verdugo y Emilio Alemparte Pino asisten a la Ceremonia de Imposición de insignias del Instituto Nacional a los alumnos que cursan 4º año básico, de parte de los alumnos de 4º año medio.
- Laura Almendares, Decana de la Facultad Tecnológica de la USACH, organiza, junto con la Parroquia de El Monte, una mesa técnica de trabajo. Se realiza en la Parroquia San Francisco de Asís de El Monte y asisten la Señora Presidenta y los directores Manuel Díaz de Valdés Olavarrieta, Emilio Alemparte Pino, Jorge Ubilla Zúñiga y Octavio Campusano Tapia y Señora.
- Inauguración del Liceo de Excelencia Instituto Bicentenario José Miguel Carrera en San Antonio. Asiste la Señora Ana María Ried Undurraga y los directores don Agustín Ossandón Valdés y don Octavio Campusano Tapia y Señora.